

AMBIEN-TICO

Revista mensual del proyecto Actualidad Ambiental en Costa Rica
Dirección: Eduardo Mora • Montaje: Cecilia Redondo • Circulación: Enrique Arguedas
Escuela de Ciencias Ambientales • Universidad Nacional • Costa Rica
Apartado postal: 86-3000 • Email-emora@irazu.una.ac.cr.

SUMARIO

- Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos -2ª parte-. 1
EDUARDO MORA
- La política ambiental comadreja. EDUARDO GUDYNAS 7
- Los recursos naturales del bosque costarricense. Información básica. 9
J. ESCRIBANO, J. J. JIMÉNEZ Y A. MORERA
- Quiénes somos: historia de la diversidad humana.* Libro de Lucca
y Francesco Cavalli-Sforza (Ed. Crítica, Barcelona, 1995). FERNANDO PARRA 11

Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos -2ª parte-

Antes, todo el mundo estaba loco, dijo el más sutil de los últimos hombres.

F. Fukuyama

EDUARDO MORA CASTELLANO

Si aparte del muy minoritario ecologismo "puro" nadie reniega de la obsesiva meta de crecimiento económico ni de lo que está en su base, que es la orientación productivista de nuestra sociedad (1), e, incluso, lejos de renegar de ello se sigue considerando que ha

de ser a partir del crecimiento económico que se aumente el bienestar social y llegue la riqueza a los grupos maltratados económicamente (gracias -en la versión marxista clásica- a un cambio social radical sobrevenido por el desarrollo de las *fuerzas productivas*, o, simplemente, gracias a haber

mayor disponibilidad de riqueza), entonces ¿desde qué posición puede hacerse resistencia a que el juego ciego del mercado, cada vez con menor interferencia política, haga desaparecer las actividades y los actores económicos bajamente productivos, lo cual redundaría en mayor productividad del sistema económico y en su crecimiento?

La represión keynesiana de la libre expresión del mercado[WRL1]

En el segundo tercio de este siglo la resistencia a la libre expresión del mercado la ejerció el ya periclitado keynesianismo, que en el enfrentamiento de los problemas principalmente recesivos de la economía de entonces demostró ser una teorización y propuesta de acción económica efectiva. Tal postura, que desafió a la economía clásica negando que el sistema capitalista contara con suficientes mecanismos de autorregulación que le permitieran siempre lograr el pleno empleo de los medios de producción y recuperar su equilibrio, defendió, en efecto, denodadamente la intervención del Estado a través de la planificación, la inversión pública y una política fiscal de recuperación de ahorros privados ociosos a fin de alcanzar el pleno empleo, el crecimiento económico y evitar los desajustes cíclicos -todo esto sin importar mucho el monto del déficit presupuestario estatal generado en la maniobra-. El Estado, que deviene motor del desarrollo en el keynesianismo, según éste está llamado a paliar o contrarrestar aquella incomunicación existente entre los distintos agentes económicos que conduce a que ahorro e inversión no coincidan habiendo en consecuencia desempleo y un crecimiento económico por debajo de lo posible y necesario -incluso en condiciones de equilibrio económico-.

La propuesta keynesiana, acorde con su teoría, se ocupó centralmente de la atenuación de los perniciosos efectos que la acción del mercado tiene sobre ciertos sectores sociales en especial en los momentos de depresión del ciclo económico, mas "cuando en los años

setentas desaparecieron las condiciones económicas del consenso keynesiano, desapareció también el fundamento de actuación de una política que había eliminado parte de la crudeza de la tensión estructural entre capitalismo y democracia, entre la apropiación privada de la plusvalía y la norma democrática de la igualdad social" (2). El Estado keynesiano desempeñó el papel clave en la contención del movimiento obrero de la segunda postguerra haciendo que "los intereses de los asalariados y el desarrollo nacional de la economía se hicieran compatibles al menos retóricamente", logrando así en las sociedades una "*cultura política de la integración*" (3). En eso residía la valiosa función social del keynesianismo: "limitar la indignación y la capacidad de rebeldía de los ciudadanos, de modo que evitasen las tentaciones de mirar más allá, hacia los sistemas socialistas, en los que lord Keynes, por supuesto, no creía. Él era un conservador que pretendía, mediante la acción de la política económica, ayudar a sobrevivir al capitalismo; es decir lo contrario que Marx" (4). Mas ahora, además de que tal función no es necesaria en la tan transformada sociedad actual, donde la *cultura de la integración* ha sido reemplazada por la *cultura de la segregación* sin que el crecimiento económico capitalista peligre por ello, el Estado concertador y director de todas las actividades sociales tiene cada vez menos cabida, dado que desde hace tres siglos la sociedad ha venido diferenciándose tanto internamente en subsistemas (el económico, el político, el jurídico, la religión, la educación, etcétera), y complejizándose éstos tanto, que en este momento, más que nunca antes, ninguno puede ser dirigido desde fuera de sí, a ninguno le acomoda una autoridad exterior que lo rija, cada uno define sus propios derroteros y límites y se autocrea autorreferencialmente (5), sin dejar de seguir, eso sí, la orientación general que en la sociedad moderna impone el *principio de producción y productividad* (6), el cual desde el inicio de la Modernidad se hace crecientemente extensivo a todos los subsistemas sociales. De hecho, en el

enfrentamiento de los nuevos y abigarrados problemas objeto de preocupación social en las últimas dos o tres décadas, el Estado ha hecho evidente su insolvencia en tanto rector de la sociedad -en el tema ambiental ha demostrado especialmente su incompetencia, siendo ahí sobrepasado por las organizaciones ciudadanas independientes en la previsión, comprensión y planteamiento de soluciones a los problemas-.

La política económica keynesiana, que se probó exitosa en tiempos de recesión, fue corriente que hiciera desembocar las economías nacionales que se guiaban por ella en graves crisis fiscales de las cuales no se empezó a salir hasta fechas muy recientes, debido, en gran parte, a arraigados vicios y compromisos del mismo Estado keynesiano. Y, a pesar de tal política, el desempleo se fue perfilando como un fenómeno estructural, acrecentándose progresivamente en los años ochentas la masa de humanos excluidos de la actividad económica; se dio además un "deterioro de los niveles salariales generales como consecuencia de la presión sobre los costes laborales y de un crecimiento económico limitado, cuando no finalmente regresivo", y, contrastantemente, ocurrió una "mejora de la posición de las rentas de capital e incremento de los beneficios empresariales" (7).

Desde esa década, ya decaído el keynesianismo, el Estado se fue contrayendo en todas partes y los capitales y las mercancías se fueron internacionalizando haciendo caso omiso de las fronteras tradicionalmente resguardadas por los Estados-nación, quienes, comandados en muchos casos por partidos políticos hasta muy recientemente keynesianos, no han parado de tomar medidas en favor de la liberalización de la economía, de reducción del déficit fiscal y la inflación, de aumento del ahorro y -con frecuencia- de abaratamiento del crédito para la inversión; en suma, en favor de la estabilidad macroeconómica y la competitividad. Total, antes como hoy, tanto desde el keynesianismo como desde el

neoliberalismo, el objetivo final es el crecimiento económico, y tal estabilidad ahora es perseguida en función nada más que del relanzamiento y afianzamiento de dicho crecimiento y de lo que está en su base, la *productividad*, que es el nervio o tensión interna de la producción económica y de toda producción. A tenor de esto, y dicho sea como fresca ilustración, la CEPAL, en su *vigésimosexto período de sesiones* efectuado aquí en Costa Rica en abril de este año, se pronunció en el mismo sentido recién reseñado, llamando a las naciones americanas a duplicar su tasa de crecimiento económico, para lo cual, advierte, debe invertirse por lo menos el 28% del PIB, de lo cual es condición el aumento del ahorro interno y la atracción de capitales foráneos (8). En esto concuerdan las élites política y empresarial nacionales y foráneas, y disienten algunos keynesianos pertenecientes a la élite intelectual que intermitentemente ejercen posiciones en el Estado, pero ahora no.

La legítima metástasis del mercado y de su racionalidad

El proceso de diferenciación y especialización funcional dado en la sociedad contemporánea, que produce distintos subsistemas sociales independientes unos de otros (9), obviamente debe entenderse como una **tendencia** más acusada en las sociedades desarrolladas que en las nuestras, tendencia que, sin anular la intervención político-estatal, deja lugar a y además requiere que algunos subsistemas sociales como el jurídico -que entra así a sustituir parcialmente a la instancia político-estatal- se vean urgidos a intervenir en el acontecer de otros subsistemas procurando una mínima concertación y orden en el juego total de la sociedad, urgidos precisamente a causa de la independización creciente de las distintas esferas de acción, o subsistemas. Ante tal ausencia de autoridad sobre el sistema social en su totalidad, y habida cuenta que -como se dijo- éste se orienta progresiva y calladamente por el principio de producción que nos tiene de hinojos tras el crecimiento económico, el mercado, que es la instancia

concertadora y dinamizadora del subsistema de la economía, ha llegado a proyectar esta función suya a toda la sociedad, perfilando así una racionalidad de validez para toda ella, racionalidad que obviamente tiene su ánima o corazón en el principio de producción y productividad. Porque entre este principio y el mercado hay una relación de continuidad o consecuencia, dado que ese principio, orientador de (ya casi) todas las actividades humanas de esta civilización, hace que tales actividades concurren al mercado -apegadas a la racionalidad derivada de él-, dado que ese es el único lugar donde todo *valor* producido -producido por tales actividades- puede realizarse, fuera de él no se realiza. Y es que todos los productos humanos han devenido *valores* (económicos); todas esas actividades humanas son productoras de *valores* o tributarias de un proceso de producción de *valor*, o consumidoras de *valores*, y el lugar natural de éstos es el mercado. Sólo actividades minoritarias y marginales están fuera: son, precisamente, marginales al mercado, no a ningún otro ámbito.

Es de acuerdo a tal racionalidad derivada del mercado que se dibujan *perfiles* y *competencias de los agentes sociales*, se bosquejan *patrones* y *límites de actividad* de ellos, se delinean *ámbitos*, *horizontes* y *metas de acción posibles*, etcétera, todo a partir -como se ha dicho- del principio asumido por nuestra civilización de que las relaciones humanas y con la naturaleza son esencialmente, por antonomasia, *productivas*: de confrontación entre dos entidades separadas que son sujeto humano y naturaleza (la cual deviene, a secas, *objeto* que ha de ser dominado), confrontación en la que el sujeto *invierte* fuerza de trabajo, *produce un producto* a partir de la transformación utilitaria de la naturaleza, obtiene entonces una *utilidad* y satisface *necesidades*, producción que debe ser maximizada al igual que debe ser aumentada la productividad, o sea, aumentada la eficiencia productiva, tensando así al máximo la relación sujeto-objeto y las relaciones entre sujetos.

Racionalidad ésta que juega crecientemente el papel de "autoridad" ordenadora del juego social total, no a través de la coerción sino filtrándose silentemente por toda la sociedad, seduciendo -es decir, *encantando*, *corrompiendo*, *haciendo caer*, pero no disciplinarizando-.

El mercado se convierte en la fuente privilegiada de legitimación y tasación de objetos, personas y naturaleza en general, en matriz organizadora -conferidora de coherencia- de la totalidad de actividades sociales, porque la cultura contemporánea se mira a sí misma y evalúa los objetos, las personas y la naturaleza en general, en términos de producción y productividad, y la producción es producción de *valores* que se realizan en el mercado, siendo éste el estímulo a la productividad a través de la competencia. Mientras que al Estado se le escapa progresivamente la especificidad de los cada vez más complejos subsistemas sociales, del mercado progresivamente no se va escapando nada de lo nuevo ni de lo más complejo. Mientras que el Estado debe imponerse con la violencia, el mercado ni siquiera debe desplazarse a cada ámbito de actividad social, sino que atrae centripetamente hacia su dinámica toda actividad social. Éstas caen en él como las moscas en la miel, en virtud -está ya dicho- de que el principio de producción, postulado por la economía política en el siglo XVIII y adoptado por la cultura moderna como orientador suyo, ha invadido crecientemente todos los ámbitos de acción de la sociedad moderna, arrinconando cualesquiera otros principios orientadores de la vida humana.

Respecto de esto, Francis Fukuyama de manera admirativa plantea que el afán del ser humano de ser reconocido por los otros como superior (*megalothymia*) constituía la orientación humana más socialmente determinante antes de la generalización de la economía de mercado y el advenimiento de la Modernidad, y que, precisamente, esta transformación histórica consistió en que el lugar socialmente central de dicho afán de

reconocimiento de superioridad pasó a ser ocupado por el deseo, deseo de consumo racional, deseo de adquisición de valores, deseo que "se manifiesta en una empecinada *economización* de la vida. (Deseo que) se extiende desde las cosas más altas a las más bajas: de los Estados europeos que no buscan grandeza e imperio, sino una Comunidad Europea más integrada para 1992, hasta el diplomado universitario que realiza un análisis interior de costos y beneficios de las opciones de carrera que se le ofrecen" (10). Deseo que, por obra del liberalismo, fue liberado de todas los obstáculos para que se expresara como codicia, y fue además emparejado con la razón en su forma de ciencia natural moderna, haciendo así posible el mundo económico moderno (11). Este emparejamiento, o sea, "el deseo de dominar la naturaleza mediante la ciencia natural moderna, que ha estado íntimamente vinculado con la vida económica capitalista, es, por su misma naturaleza, altamente 'thymótico'" (12). Es decir -según Fukuyama-, bajo el capitalismo se opera una sublimación tanto de la *megalothymia* como del simple *thymos* (el afán humano de reconocimiento, o vanidad) en favor de la producción y del éxito individual en el mercado.

Así, una vez que el mercado atrae e incluye en su campo todas las relaciones humanas (interhumanas, y entre humanos y la naturaleza), una vez que a todas las tiene estructuradas según la racionalidad derivada de él, entonces pasamos a concebir a partir de él no sólo las interacciones humanas y con la naturaleza sino también, incluso, la dinámica de los ecosistemas naturales: en ecología se plantea que los ecosistemas tienen cierta *productividad*, que los organismos desarrollan cierto *trabajo* para satisfacer *necesidades*, que hay *producción* de biomasa, etcétera. Esta conceptualización está cargada del siguiente sentido: entre los seres vivos, y entre ellos y su entorno abiótico, hay establecidas relaciones guiadas por la búsqueda de la satisfacción de *necesidades* particulares, en las que las partes despliegan un *trabajo* a través del que

producen un *producto* que es de *utilidad* para otra parte, relaciones, pues, marcadas por la discontinuidad, discretas y no circulares, entre partes que funcionan autónomamente y que se encuentran (como en un mercado) para intercambiar libremente productos producidos por cada cual independientemente: como si todo el ecosistema no obedeciera a una misma regularidad infragmentable, la cual, por cierto, es el mismo ecosistema. Lo que está operando aquí es la obsesión analítica de la ciencia moderna, la obsesión de especialización y de fragmentación de la sociedad moderna, la obsesión productivista de la economía política. Y es que si bien *pudiera* ser lícito *analizar* (!) el ecosistema y cualquier sistema, es obligado luego hacer la *síntesis* explicativa: reunir las partes -cuyo sentido en tanto partes es espúreo, porque la partición es sólo un medio para la comprensión del todo- a través de una reunión de las características definitorias de esas partes artificiales, reunión que devuelve la integridad al sistema, siendo ya impertinente, e incluso un timo, seguir hablando de partes que mantienen entre sí relaciones discretas: partes que *producen*, que obtienen *utilidad*, que satisfacen *necesidades*, etcétera.

No asombra, entonces, que el mercado se haya convertido en el tasador de todas las cosas y en el criterio de validación de todo lo posible. Allí lo bajamente productivo (escaso monto de la producción en relación con lo invertido) es visto de menos y, en concordancia, el juego del mercado, al que libremente se ingresa, lo marginará. El mercado hecho Dios, detenido a duras penas por el keynesianismo mientras el movimiento obrero pisaba fuerte, por la fuerza de las cosas ha emergido crecientemente como la racionalidad que integra un sistema social muy fragmentado en subsistemas muy especializados que, por esto mismo, se autoconstruyen autorreferencialmente, con la (casi) única orientación en común del principio de producción y productividad, en la que se basa y de la que se sustenta aquella racionalidad.

Aparte del keynesianismo, que parece haberse quedado sin lugar en la historia, ¿quién, desde qué posición, puede oponerse a esta racionalidad sin antes rechazar la orientación productivista de esta civilización y, junto con ella, la obsesiva meta del crecimiento económico-productivismo que, aunque canse repetirlo, no se limita al ámbito económico sino que orienta todos los ámbitos de acción humana-? Porque ¿cómo, coherentemente, puede hacerse oposición a esa racionalidad si no es recusándola en bloque con la obsesión por el crecimiento económico y la orientación civilizatoria a la que pertenece?

Referencias

1. Orientación que desde el inicio de la Modernidad ha conducido a la desaparición de toda conformidad con la naturaleza y a estructurar la vida humana en inarmonía con ella: vivir para conquistar algo externo a la relación de reciprocidad entre humanidad y naturaleza, algo que hay que *producir*, que no está presente *naturalmente* en dicha relación, porque lo *naturalmente* presente es despreciable y merece ser expiado, que hay que *producirlo* mediante un esfuerzo especial, *no natural*, un esfuerzo que es el que conecta al humano con lo extranatural, con la salvación. Cf.: MORA, E. "Naturaleza y humanidad son sólo valores económicos", en *Ambien-tico*, N° 40, mayo 1996, pp. 11-16,

donde, siguiendo a Baudrillard (ver nota 6), se desarrolla esa posición.

2. DUBIEL, HELMUT. "Metamorfosis de la sociedad civil", en *DEBATS*, N° 50, diciembre 1994, España, p.115.

3. DUBIEL, *ibid.*

4. ESTEFANÍA, JOAQUÍN. "Medio siglo sin Keynes", en *El País*, 20-4-96, p.11

5. Cf.: IZUZQUIZA, IGNACIO. 1990. *La sociedad sin hombres. Niklas Luhmann o la teoría como escándalo*. Editorial Anthropos. España, pp. 194-200.

6. Cf.: BAUDRILLARD, JEAN. 1983. (1ª de. -en francés-: 1973). *El espejo de la producción*. Gedisa, México.

7. NAVARRO, MANUEL. "Desigualdades económicas: evolución y tendencias", en *Temas para el debate*, N° 17, abril 1996, España, p. 60.

8. Cf.: *LA NACIÓN*, 14-4-96, p. 14A; *LN*, 15-4-96, p. 8A; *LN*, 16-4-96, p. 5A; *LN*, 18-4-96, p. 25A; *LN*, 21-4-96, p. 5A, etcétera.

9. IZUZQUIZA, *ibid.*, p. 284.

10. FUKUYAMA, FRANCIS. 1992. *El fin de la Historia y el último hombre*. Editorial Planeta Mexicana, México, p. 265.

11. *Ibid.*, p. 441.

12. *Ibid.*, p. 422.

Videoteca ambiental en la UNA

La Facultad de Cs. de la Tierra y el Mar y la Escuela de Cs. Ambientales han constituido, y están ampliando aceleradamente, su videoteca ambiental. Ella cuenta ya con más de 160 videos sobre la relación sociedad-naturaleza (p.e.: deforestación, contaminación de aguas, estructura ambiental urbana...), también sobre temas estrictamente biofísicos (p.e.: especies silvestres, volcanes...) y, finalmente, sobre aspectos de la relación sociedad-naturaleza en los que el acento está puesto en la actividad humana (p.e.: técnicas de cultivo de ciertas especies, procedimientos para la medición de la contaminación del aire...).

La videoteca está al servicio de quienes la necesiten.

Se agradecerá el aporte de nuevos videos y las recomendaciones e indicaciones para su adquisición.

(Comunicarse con Marjorie Barrientos, tfno. 277-3290, o Enrique Arguedas, tfno.277-3233)

La política ambiental comadreja

EDUARDO GUDYNAS

Se dice que una comadreja puede colarse en un gallinero, devorarse el contenido de un huevo, y, sin destruirlo, dejarlo vacío. De la misma manera hay políticas comadreja, que son sólo un cascarón para mirar, y que están vacías de contenido.

Esta comparación, basada en unos versos de Shakespeare, alude al uso de imágenes y propuestas al tiempo que se evitan los contenidos que desembocan en acciones concretas.

En América Latina uno de los mejores ejemplos de políticas comadreas son las propuestas ambientales de los gobiernos. El campeón de estas charadas fue posiblemente el ex-presidente brasileño F. Collor de Melo. Con una jugada inicial que desconcertó a todos, nombró a un renombrado ambientalista, José Lutzemberger, al frente de la agencia federal encargada de los temas ambientalistas, la Secretaría del Medio Ambiente. Fue sobre todo un gesto, un símbolo, en tanto Lutzemberger era un ácido crítico de los gobiernos y un militante contestatario. Pero las medidas concretas fueron pocas y débiles, y muchos de los problemas ambientales del país norteamericano se mantuvieron, o se agravaron. Lutzemberger finalmente renunció.

Un ejemplo más actual, y más cercano, es la gestión de María Julia Alsogaray al frente de la Secretaría de Recursos Naturales y Medio Ambiente Humano, de Argentina. Tachonada por declaraciones rimbombantes, amplios despliegues publicitarios e incluso una ofensiva en la eco-diplomacia internacional, la llamada "polifuncionaria" no ha logrado alcanzar medidas efectivas de envergadura en su gestión ambiental.

En Uruguay también hemos enfrentado una política ambiental comadreja, más preocupada por la publicidad y los símbolos que por las medidas concretas. Desde el nacimiento del Ministerio de Vivienda, Ordenamiento Territorial y Medio Ambiente, se han sucedido un sinnúmero de declaraciones y programas, pero con acciones ausentes y contradictorias a los principios invocados. Entre los más repetidos ha estado el llamado a la participación ciudadana, aunque en los hechos se la limita y encorseta.

Algunos ejemplos recientes demuestran esto. Existen algunas comisiones mixtas, pero las notificaciones de las reuniones no llegan, llegan tarde o se traspapelan. A las ONGs se les adjudica un papel subsidiario, donde ellas deben brindar información y ayuda "desinteresadamente" a los jerarcas de turno. Una ilustración de esto fue la marcha de cierto diagnóstico de nuestras áreas naturales, realizado con la cooperación española y que excluyó una vinculación directa de las ONGs. En el mismo sentido, el proceso de la elección de los delegados ambientalistas a la Comisión Técnica Asesora en Medio Ambiente fue mediado y condicionado desde esa cartera. Finalmente, si bien ese ministerio ha estado dispuesto a asistir financieramente a la red de ambientalistas, lo ha hecho bajo condicionantes como la presencia de un observador gubernamental en sus reuniones.

De esta manera la gestión estatal ha enfatizado las medidas de control y encausamiento. Esta es una tendencia generalizada en América Latina. Por ejemplo, en Argentina, la ya citada María Julia Alsogaray confesaba al inicio de su gestión que todo lo que se hiciera en el tema ambiental "lo va a hacer la empresa privada, de modo

que lo que tenemos que hacer es fijar normas". Bajo esta óptica el Estado tiene un papel subsidiario, y se espera que los agentes económicos privados pasen a tener la iniciativa en materia ambiental.

Otro ejemplo de esta tendencia tuvo lugar cuando el ahora expresidente de la República, doctor Lacalle, asumió la presidencia de honor de una fundación, integrada por destacados empresarios, y dedicada a instalar reservas naturales privadas, mientras su gobierno no lograba implementar medidas efectivas de protección y manejo de esos mismos ecosistemas silvestres.

De esta manera se suman los gestos y las intenciones, pero los problemas no se resuelven. En el caso de la contaminación, nuestra cartera ecológicamente participa de la inauguración de estaciones de servicio pretendidamente ambientales, pero no se controlan las emisiones contaminantes de los automotores.

Otro tanto ocurre con la protección de áreas naturales. El Estado dirige un programa de tres millones de dólares para conservar los Bañados de Rocha a la vez que firma un decreto para construir un canal de dos kilómetros de ancho que los terminará drenando. Mientras en las reuniones internacionales se presenta aquel programa como una medida conservacionista del más rico patrimonio biológico del país, en Rocha los humedales siguen reduciéndose, y los bichos de nuestros bañados corren un riesgo cierto de extinguirse.

A esto se suma la tendencia recurrente de la jerarquía ministerial a que sus declaraciones públicas más severas sean sobre los temas ambientales globales, porque disertar sobre la reducción de la capa de ozono o el recalentamiento de la atmósfera no compromete a nadie. Pero nunca se habla con la misma energía acerca de la curtiembre del barrio que contamina el arroyo. Se dedicaron esfuerzos diplomáticos, en su momento, a que Montevideo se convirtiera en la sede de la Convención de Cambio Climático,

demostrando un inusitado interés en cumplir ese convenio internacional: terrible paradoja para el único país en América del Sur que no poseía un sistema de áreas protegidas, y que ni siquiera cumplía otros tratados internacionales, como el de Ramsar, que implica proteger los bañados del Este.

Es que en la política comadreja el símbolo prevalece sobre la acción. Las campañas de calcomanías, concursos fotográficos, y espectáculos artísticos son los medios privilegiados para demostrar que el gobierno está "actuando" en el tema ambiental. Pero ninguno de esos elementos resolverá nuestros problemas.

No quiero decir con esto que medidas como esas no sean importantes. Por el contrario, son fundamentales para sensibilizar al resto de la opinión pública y crear una amplia conciencia social de la relevancia del tema ambiental en el país. Pero la política comadreja se queda sólo en ese gesto: proclama el cese de la contaminación y la reconversión industrial, pero no actúa en consecuencia a esa proclama.

Más aún. Muchos de sus símbolos y mensajes antes se correspondían a un profundo compromiso ideológico de crítica a diversos aspectos de la sociedad industrializada, pero hoy se eluden las premisas ideológicas que esa crítica presupone. Entonces, cuando se pide el cese de la contaminación y la reducción de los niveles de consumo, no por ello se está presentando un cuestionamiento a la racionalidad de las sociedades industrializadas contemporáneas. Su ejemplo más extremo fue el de aquel primer ministro del ambiente, Raúl Lago, del batllismo radical, que empleaba los slogans del ambientalismo contestatario de los años setenta: "la pobreza es nuestro mayor problema ambiental".

Esta situación contrasta con lo que sucede en otros sectores de la política nacional, donde existen acciones explícitas. Más allá que se esté de acuerdo con ellas o no, en la agropecuaria o la industria se toman medidas de protección o liberalización, se priorizan

unos productos sobre otros, y así, sucesivamente, se encadenan medidas concretas.

Es que en el tema ambiental las medidas concretas son pocas y débiles. Se han intentado controles de contaminación, tratamientos de efluentes, rescate de algunos sitios naturales, y una incidencia a nivel de la educación. Pero la acción concreta es en gran medida suplantada por el discurso.

La política comadreja es un profundo anestésico social. Difunde la sensación de que se está actuando, y que las acciones abundan. Se crea la ilusión de un escenario imaginario, verde y limpio. Pero en los hechos esas

medidas no se materializan y los problemas ambientales se agravan.

Es precisamente esta distancia la que denuncia la opinión pública: la brecha entre lo que se dice y lo que se hace. Es la misma distancia que alimenta el descreimiento en la sociedad política. El cerrar ese abismo, saliendo del onirismo del símbolo, volviendo a transformar el escenario político en un ámbito de acción, constituye uno de los grandes desafíos del ambientalismo uruguayo.

EDUARDO GUDYNAS, uruguayo, es coordinador del Centro Latinoamericano de Ecología Social.

Los recursos del bosque costarricense. Información básica

J. ESCRIBANO, J. J. JIMÉNEZ Y A. MORERA

Nuestros bosques tropicales contienen una enorme cantidad de recursos naturales aptos para convertirse en importantes fuentes de ingreso y en base del desarrollo económico de las poblaciones que viven dentro o alrededor de ellos. Sin embargo, en Costa Rica tales poblaciones no los han valorado ni utilizado adecuadamente. El aprovechamiento de ellos se ha limitado casi nada más que a la madera. De 10.000 especies vegetales identificadas y conocidas en nuestros bosques sólo unas 300 son consideradas de importancia económica, y son consideradas así por ser maderables, o sea, utilizables para la construcción de viviendas, muebles, objetos artesanales, para la fabricación de papel y como leña y carbón.

Antes de la colonización española nuestros antepasados ya usaban las especies leñosas para construir sus instrumentos musicales,

viviendas, armas y herramientas. Pero sólo fue a partir de los años 40 de este siglo que se empezó a practicar significativamente la deforestación y se puso en peligro de extinción algunas especies. La cobertura boscosa de nuestro territorio pasó del 75% en 1940 al 29% en 1993. Y los bosques primarios con capacidad de producción forestal apenas alcanzan el 4% del territorio, o sea, unas 200.000 hectáreas. Fueron el incremento poblacional, la creciente expansión de la frontera agrícola y la legislación agraria, aunados, los que generaron la deforestación; y fue el mercado, con su mandato de extraer sólo unas pocas especies del bosque, las especialmente trabajables, finas, duras y resistentes a la pudrición, lo que produjo el creciente riesgo de extinción de las mismas.

Nuestros bosques han sido aprovechados sin ningún control técnico, ni planificación ni

control del Estado en cuanto a volúmenes extraídos. Hasta la fecha lo que han procurado los explotadores del bosque es obtener la mayor rentabilidad económica sin importar los daños ambientales ni el impacto social sobre las comunidades vecinas. El Banco Mundial afirma que, en el nivel planetario, solamente la mitad de las extracciones de madera del bosque cuentan con permisos oficiales, y que quienes extraen esa madera son en un 44% los comerciantes de madera, en un 33% los aserraderos contratados por los propietarios del bosque y sólo en un 23% los mismos propietarios.

En Costa Rica, la utilización de la madera se caracteriza por un bajo aprovechamiento del árbol en pie. Solamente poco más de la mitad de lo cortado en el bosque llega a las plantas procesadoras, quedando el resto -como ramas y troncos de diámetros pequeños- tirado en el lugar de extracción. Y de esa cantidad que llega a las plantas procesadoras sólo la mitad sale como producto terminado, la otra parte se desperdicia bajo la forma de aserrín y bajo otras formas. Es decir, no se aprovecha más que aproximadamente el 25% del volumen comercial total del árbol.

La industria de aserrado fue instalada en nuestro país hace casi 50 años. Ella procedía principalmente de Europa, lugar donde los bosques fueron muy destruidos por la segunda guerra mundial, lo que hizo necesario cambiar el viejo modelo de maquinaria por uno nuevo que se adaptara a las nuevas características de la materia prima europea. Costa Rica compró parte de la maquinaria desechada, la cual, además de causar mucho desperdicio en su

acción, es inapta para aserrar troncos de diámetros menores a los 50 centímetros, consecuentando esto el desaprovechamiento de gran parte de los árboles. Actualmente, en Costa Rica, el consumo de materia prima resulta muy dilapidador y muy alto con respecto a la disponibilidad de bosque con que contamos. De hecho, el aporte del recurso madera a nuestro comercio exterior es bajo: entre 1988 y 1990 la exportación de productos forestales representó menos del 2% del total de nuestras exportaciones, y la importación que hicimos de productos forestales significó el 0,2% del total de nuestras importaciones. La reconversión de la industria maderera nacional es urgente, como asimismo lo es el control de la tala ilegal.

En nuestros bosques, aunque no son muy aprovechadas las especies vegetales no maderables, varias de ellas, como la zarzaparrilla, la vainilla y la palma de sombrero, por ejemplo, sí han sido siempre explotadas. En este momento, de las 126 plantas que se comercializan como medicinales en Costa Rica sólo unas 17 provienen de bosques naturales. Y de éstas sólo cinco son obtenidas en cantidades mayores a una tonelada al año. Su aporte a la economía nacional es insignificante.

JORGE ESCRIBANO, JUAN JOSÉ JIMÉNEZ Y ALBERTH MORERA son bachilleres en ingeniería forestal y estudiantes de la Escuela de Ciencias Ambientales. Ellos realizaron la investigación bibliográfica cuyos resultados recoge el presente escrito. La redacción es suya y de AMBIEN-TICO.

Quiénes somos: historia de la diversidad humana.

Libro de Lucca y Francesco Cavalli-Sforza (Ed. Crítica, Barcelona, 1995)

FERNANDO PARRA

Los pigmeos -akas, mbuti, hadza, incluso los kung o san del sureste- africanos son más bajitos que nosotros, pero tienen otras ventajas a cambio. En primer lugar, la ventaja biológica misma de ser bajito en un mundo cálido, saturado de humedad y densamente cubierto de vegetación lujuriante. Gracias a su pequeña estatura consiguen una superficie del cuerpo relativa mayor que su volumen (la primera es una relación cuadrada, la segunda, cúbica); el calor lo produce la masa del cuerpo (especialmente músculos y alguna viscera como el hígado), pero lo pierde la superficie, la piel, principalmente por la sudoración; de ahí que, a la inversa, los animales de climas fríos sean mayores que sus parientes tropicales.

Además, el pigmeo funciona con menos "vatios" que nosotros, gasta menos energía para mover su pequeño peso y la relación entre el esfuerzo desarrollado y la energía consumida es más favorable, como en esos pequeños caballos de trabajo, los poneyes. Así pues, la pequeña estatura es una adaptación biológica a la vida en la selva tropical, pero los pigmeos tienen la cabeza tan grande como la nuestra, y un tórax y brazos musculosos y armónicos: son atléticos. Tienen otro carácter distintivo: la nariz más ancha del mundo, pues no necesitan enfriar con orificios nasales pequeños un aire ya de por sí tibio. El pueblo más bajo del mundo es uno de los más

felices, y no me pregunten cómo lo sé, todos los autores, antropólogos, misioneros y enemigos coinciden en esto. No tienen jefes ni jerarquías ni, probablemente, leyes; en los primeros contactos con exploradores blancos se pensó que lo eran aquellos miembros de la tribu designados democráticamente como interlocutores, pero no había tal. La igualdad entre hombre y mujer, pese al reparto sexual del trabajo, es mucho mayor que en nuestros desarrollados países en la actualidad. No hay pena de muerte ni de reclusión, sino la muy griega del exilio. Tratan con enorme cariño a sus niños y a sus ancianos; llaman padre y madre a todas las personas de la generación de sus progenitores y hermano y hermana a los de la propia.

No hay apenas competencia: el que caza comparte obligadamente; pero sí, solidaridad. No tienen lengua propia ni especial orgullo racial, se mezclan con los pueblos vecinos si la altivez de éstos lo permite, pero se diferencian por su forma de vida. No tienen dioses; su única divinidad es la selva; se sienten parte de ella, es la que hace posible su vida, no su enemiga, son ecólogos innatos. Se divorcian fácilmente, no hay propiedad privada y trabajan un porcentaje ínfimo al día para satisfacer sus necesidades de alimento, confort y vivienda; dedican, por tanto, largo tiempo a sus pasatiempos, sobre todo la música y el baile en cuyas politonías son auténticos virtuosos. Tienen la tendencia a pensar que la vida es muy agradable. Están

considerados un pueblo primitivo y reacio a las "bondades" del progreso, verdaderamente refractario a las "necesidades" del desarrollo.

A este fascinante pueblo le ha dedicado muchos lustros de estudio y convivencia el ilustre genetista milanés y profesor de Stanford, Lucca Cavalli-Sforza, que ahora publica un libro excelente que dedica sus primeros capítulos a estas "pequeñas gentes" y el conjunto a desmontar la intolerante raíz fascista del racismo, como algo intrínseco y esencialmente incorrecto. Incluso la propia noción de raza aparece, a la luz de los últimos descubrimientos, cada vez más carente de contenido, mientras que la imagen de nuestra enorme diversidad -somos una especie polimórfica- ofrece mayor interés.

Contestar con rigor al "por qué no somos iguales" o "qué importancia tienen la diferencia de estatura o pigmentación" es trascendental en esta época de resurgir no sólo del racismo y del fascismo oscurantista, sino de la promoción de la razón de Estado como mágica invocación para atropellar los derechos de los pueblos ajenos y de los súbditos propios (véase, por ejemplo, París y Polinesia, Mururoa y la bomba de Chirac).

La perspectiva adoptada por Lucas Cavalli y expresada por su hijo, el cineasta y escritor Francesco, es relativamente nueva: la genética de poblaciones, sin prescindir de la contribución de disciplinas ajenas pero

coincidentes, desde la arqueología a la lingüística. Con esos aportes se puede reconstruir laboriosamente no sólo la identidad de las comunidades humanas, desde los esquimales a los judíos del Bronx, sino seguir su evolución, sus orígenes, las separaciones entre los diversos grupos o sus mezclas, siempre mejores que la seca pureza. La gran lección de la superioridad del mestizo, la degeneración del puro. Y otras cuestiones fascinantes: ¿hubo alguna vez una, única, leguna ancestral (preabélica)?, ¿qué motivó las grandes migraciones? A muchos les desconcertará saber el poco ADN que separa a un pequeño hombre oscuro de un alto hombre pálido, aunque sus formas de vida sean tan dispares a la par que tan comunes. Nada humano, ni el rechazo a la (sin)-Razón de Estado o a la (sin)- Razón racista nos puede ser ajeno, como decían nuestros abuelos griegos o nuestros hermanos pigmeos.

La selva podrá parcernos el antónimo del Estado y, de hecho, es un poco sombría: "pero el pigmeo se encuentra muy a gusto en ella, se siente protegido. Es un lugar donde no le puede pasar nada malo, donde corre muy pocos peligros y la vida es agradable". Algo que desde Kafka no puede afirmarse del Estado y sus a menudo apabullantes "razones".

(Tomado de *Le Monde Diplomatique*. Edición española, No. 1, noviembre 1995.)

AMBIEN-TICO está disponible en los siguientes puntos de distribución: en San José: librerías Macondo, Mil Copias y Cooperativa Universitaria; en Heredia: Escuela de Cs. Ambientales. A los interesados en su adquisición se les agradecerá una contribución de 100 colones por ejemplar. Por una suscripción anual se ruega la suma de 1000 colones, o, si el envío ha de hacerse al extranjero, de 70 dólares. Además AMBIEN-TICO está en WEB de Internet en las páginas de la Universidad Nacional, sección de la Escuela de Cs. Ambientales.